

29 Suero 77.

18794

ESCUDO
DE LA NIÑEZ

LIBRO DE LECTURA

PARA

LAS ESCUELAS DE INSTRUCCION PRIMARIA

POR

D. EDUARDO SANCHEZ GARRIDO

PROFESOR DE PRIMERA ENSEÑANZA

Precio: 3 reales.

MADRID

Velasco y Romero, impresores, Rubio, 20

1877.

L47 - 8425

5857

ESCUDO
DE LA NIÑEZ

LIBRO DE LEYENDA

LAS ESCUELAS DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

D. EDUARDO SÁNCHEZ GARRIDO

Precio: 3 reales

ALFONSO

Editor de libros y papelería

1877

247-8425

ESCUDO
DE LA NIÑEZ

LIBRO DE LECTURA

PARA
LAS ESCUELAS DE INSTRUCCION PRIMARIA

ESCUDO DE LA NIÑEZ

D. EDUARDO SANCHEZ BARRIDO

PROFESOR DE LENGUA CASTELLANA

Eduardo Sanchez Barrido
Escuela

NO. 12345678
Teléfono y dirección de impresión, Habana, C.
1977

67-4

ESCUDO DE LA NACIÓN

D. EDUARDO SANCHEZ GARRIDO

ESCUDO
DE LA NIÑEZ

LIBRO DE LECTURA

PARA

LAS ESCUELAS DE INSTRUCCION PRIMARIA

POR

D. EDUARDO SANCHEZ GARRIDO

PROFESOR DE PRIMERA ENSEÑANZA

Eduardo Sanchez Garrido

MADRID

Velasco y Romero, impresores, Rubio, 20.

1877.

ESCUDO

DE LA UNIÓN

LIBRO DE LECTURA

Esta obra es propiedad de su autor,
y nadie, sin su consentimiento, podrá
reimprimirla. Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

D. EDUARDO SANCHEZ GARRIDO

PROFESOR DE PRIMERA ENSEÑANZA

XXXXXXXXXX

1877

LA ORACION.

Muchas y de muchas clases son las necesidades que por todos lados nos aquejan en el mundo desde el instante en que por la voluntad de Dios venimos á esta vida; pero sobre esas necesidades, por grandes é imperiosas que ellas puedan ser, se levanta como si fuera la mayor, la de dirigir nuestras súplicas al Cielo, donde, rodeado de gloria y majestad, tiene su morada el Supremo Autor y Conservador del Universo.

El perdido navegante en los espacios y soledades del mar, el viajero extraviado en la espesura de los bosques ó en el riñon de las montañas, el desterrado que vive y suspira lejos de la pátria tierra, el soldado al entrar en la batalla, el guerrero cuando sucumbe por defender su honor y su bandera, el la-

brador cuando vierte en su campo las semillas, la tierra madre cuando llora por el hijo ausente, el enfermo rendido en su lecho de dolor, los mártires entre la crueldad de sus tormentos, el indigente y el huérfano en su desamparo, los Reyes en sus alcázares, los súbditos en sus viviendas, los cautivos en sus mazmorras, y todos finalmente, sin excluir rico ni pobre, grande ni pequeño, han de levantar su corazón á Dios, esperando de su bondad algun favor, merced ó beneficio.

Quando oramos, no hacemos otra cosa que llamar sobre nosotros las miradas de nuestro Padre Celestial, el cual, siempre dispuesto á escuchar la voz de sus criaturas y atender á sus necesidades, siente la más viva complacencia en ayudarnos á librar las batallas y combates de esta vida, semejante á un proceloso mar sembrado por todas partes de escollos y peligros.

Quando la salud nos falta y las enfermedades vienen á nosotros, turbando nuestro sosiego y alegría; quando la pobreza y la miseria nos rodean y estrechan hasta el punto de faltarnos lo más indispensable para nuestra subsistencia y la de nuestra familia; quando nuestros amigos, viéndonos en tal estado, se alejan de nosotros y nos abandonan, y no encontramos donde quiera más que corazones indiferentes ó insensibles; quando llamamos á los hombres y ninguno nos contesta, ni nadie enjuga nuestras lágrimas,

mas, ni nadie viene á consolarnos en tamaña cuita, entonces es cuando se experimentan las ventajas de la Oracion, y el mortal que en ella se refugia goza de sus consuelos inefables.

La carga de nuestras contrariedades y trabajos, antes de orar tan abrumadora y pesada, se ha convertido en fácil y ligera; nuestras almas, que hace poco estaban doblegadas bajo el peso de su tristeza y su infortunio, se han levantado de su postracion llenas de fuerza y esperanza; nuestros ojos, hace poco arrasados por el llanto, se encuentran ahora serenos y enjutos; los consuelos y socorros que los hombres nos negaban, Dios nos los da al presente con mano liberal y franca, sin pedirnos otra cosa, en cambio, más que gratitud y afecto.

Alto, muy alto está el lugar donde, envuelto en mares de luz y de gloria, reside El que hiciera salir todas las cosas de la nada; pero nuestras oraciones no por eso dejan de llegar á sus oidos, atrayendo sus bendiciones y mercedes sobre los que le buscan con amor y confianza; y ¡particularidad consoladora! cuanto más humilde y pobre es la condicion de la criatura que sus peticiones le dirige, tanta mayor diligencia y prontitud pone el Señor en favorecerla y servirla.

Oremos, pues, y oremos dignamente. Bien merece que le hablemos y levantemos nuestras almas hácia

Él, Aquel en quien reside toda potestad y de quien todo bien depende.

Ore el varon justo para perseverar en su justicia; ore el hombre que desobedeció la ley Divina para obtener perdon y gracia; ore la madre y ore el padre; oren tambien el niño y el anciano, y oren todos finalmente, en la seguridad de que, detrás de esos cielos que nos cubren y de ese sol que nos alumbra, hay alguien que nos escucha y nos atiende.

Ese alguien es *Dios*, fuente inagotable de consuelos y vivo manantial de gracias, auxilios y favores.

EL PADRE NUESTRO

Padre Nuestro Soberano
 Que vivo estás en el Cielo;
 Fuente de paz y consuelo,
 Santo y adorable arcano:
 Santificado tu nombre
 En todo tiempo y lugar,
 Bendíganle sin cesar
 Desde el ángel hasta el hombre.
 Tu reino á nosotros venga,
 Piedad de nosotros tén,
 Y danos de todo bien
 La parte que nos convenga.

Jurando al pecado guerra,
 Con prontitud y lealtad
 Hagamos tu voluntad
 En el Cielo y en la tierra.

El pan de nuestro alimento
 Por hoy sólo nos darás;
 Mañana *Tú* proveerás
 De tus hijos al sustento.

Llenos del dolor más vivo
 Te buscamos humillados;
 Nuestras deudas y pecados.
 Perdónanos compasivo.

Tambien á nuestros deudores
 Nosotros perdonaremos,
 Y por siempre olvidaremos
 Nuestros ódios y rencores.

De nosotros tu poder
 Aleje toda desgracia,
 Y que nos libre tu gracia
 De en la tentacion caer.

Santo Dios, Santo Inmortal;
 Santo Justo, Santo Fuerte;
 En la vida y en la muerte
 Líbranos de todo mal.

En los filones de sus minas nos da el oro, la plata y el hierro con otros muchos metales de productos de los cuales el trabajo y la actividad humana sacan gran partido; sus industrias y sus manufacturas producen los vestidos con que abrigamos nuestras carnes, el calzado que defiende nuestros pies, la ropa que cubren nuestro pecho, proporcionando herramientas á los oficios, medios para el cultivo de las tierras y recursos de abastecimiento y de mayor utilidad á todas las profesiones y artes.

Y no son estas las solas necesidades que encon-

Seria tarea muy larga enumerar uno por uno los beneficios de que la somos deudores. Bástenos considerar únicamente que todo cuanto nos rodea desde el instante en que abrimos nuestros ojos á la luz, todo nos lo procura y nos lo dá, despues de Dios, esa madre generosa y buena.

Con el agua de sus fuentes y sus rios, ella refresca nuestras fauces y apaga nuestra sed; con las mieses y frutos de sus campos, ella regala nuestro paladar, aplaca nuestra hambre y sustenta nuestra vida; de las rocas y peñascales de sus montes arrancamos las piedras con que hacemos nuestras casas; de sus bosques extraemos la madera que forma nuestros techos, la leña que arde en nuestro hogar, y los materiales necesarios para multitud de objetos útiles enlazados con nuestras necesidades y conveniencias.

En los filones de sus minas nos da el oro, la plata y el hierro con otra muchedumbre de productos de los cuales el trabajo y la actividad humana sacan gran partido; sus industrias y sus manufacturas producen los vestidos con que abrigamos nuestras carnes, el calzado que defiende nuestros piés, la ropas que cubren nuestro lecho, proporcionando herramientas á los oficios, medios de accion á las artes y recursos de adelantamiento y de mayor facilidad á todas las profesiones y tareas.

Y no son estas las solas necesidades que encontramos medios de satisfacer dentro de la Pátria, merced á su concurso y ayuda: la munificencia y bondad de tan augusta madre alcanza á más todavía; por eso, áun cuando nuestro amor hácia ella y nuestra gratitud nos parezcan suficientes para tenerla complacida, nunca podrán ser como la Pátria tiene opcion y derecho á exigirnos aquellos dos afectos.

Ella nos da en su idioma las palabras con que vertemos á lo exterior nuestras ideas y sentimientos; ella nos abre las puertas de sus templos y sus venerables santuarios para que allí nos congreguemos rindiendo al Señor públicamente nuestro culto y nuestras preces. La Pátria mantiene y disciplina esos ejércitos lucidos, sin los cuales las naciones extranjeras vendrian sobre nosotros y nos harian esclavos suyos; la Pátria ha construido esos establecimientos

que se llaman Hospitales donde, cuando las enfermedades nos aquejan, encontramos toda clase de cuidados, auxilios y remedios; y al mismo tiempo, para que el niño huérfano y el anciano no perezcan, ha abierto además esos Hospicios y Casas de Misericordia, donde, con mano tierna y diligente, derrama sobre aquellos séres desgraciados tesoros de compasion y de dulzura.

En favor nuestro tambien fueron establecidos por la Pátria esos tribunales de Justicia y de Administracion encargados de velar por nuestra seguridad, derechos é intereses; por la Pátria tambien están sostenidas y dotadas esas escuelas donde se cuida de nuestra educacion, y esas Universidades y Colegios de cuyas aulas salen los legisladores que nos gobiernan, los médicos que nos curan, los filósofos y sábios que nos instruyen, los sacerdotes que nos moralizan y enseñan los derroteros venturosos del Cielo: en una palabra, gracias á la Pátria, disfrutamos nosotros y nuestras familias todos cuantos bienes, comodidades y ventajas hacen nuestra existencia llevadera y fácil.

Amemos, pues, á tan excelsa bienhechora, y amémosla profundamente; seamos honrados y virtuosos como ella manda á todos sus hijos; acatemos y cumplamos sus leyes con filial obediencia; no disgustemos ni por un momento sólo el corazon de tan piadosa madre; contribuyamos á su prosperidad y

bienandanza llenando cada cual sus deberes de buen grado y afanándonos para llenarlos cada día mejor, con lo cual mereceremos bien de ella.

Y si en algún tiempo (lo cual Dios no permita) gentes extrañas ó hijos ingratos suyos la colocasen en peligro y la afligieran, corramos todos á su lado para defenderla, y muramos, si necesario fuese, delante de sus ojos bendiciéndola y ofreciéndola nuestro heroico sacrificio.

HIMNO.**PLEGARIA DE LA PÁTRIA.****CORO**

*Al pié de tus altares,
De hinojos míranos,
Y hasta que vuelvan ellos
De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

ESTROFA PRIMERA.

Invadida por extraños
Esta tierra en que nacimos,
A pedirte ¡oh Dios! venimos
No consentas tal desman.

A nuestros ruegos atiende,
Nuestras plegarias escucha,
Y haz que triunfen en la lucha
Nuestros padres, que allá están.

CORO.

*Al pié de tus altares
De hinojos míranos,
Y hasta que vuelvan ellos
De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

II.

Anoche con tristes ojos
De hito en hito nos miraban,
Y al tiempo que nos besaban
Suspiros daban tambien.

Y esta mañana al partirse
Nos dieron, tristes de ellos,
Su último abrazo en los cuellos,
Su último beso en la sien,

CORO.

*Al pié de tus altares
De hinojos míranos,
Y hasta que vuelvan ellos
De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

III.

Señor, en nuestras viviendas
No hay más que duelos y enojos;
De nuestras madres los ojos
Secos están de llorar.

Los sostenes de su vida
 Solas aquí las dejaron,
 Y animosos se marcharon
 Por la Pátria á pelear.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

IV.

Bien sabes tú, ¡oh Dios elemente!
 Cómo nosotros no fuimos
 Los que esta hoguera encendimos
 Do la Pátria ardiendo está.

Por eso en masa los nuestros
 En trance tal al mirarla,
 Decididos á salvarla
 Volaron todos allá.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

V.
 Los sostenes de su vida
 Solas para las dejaron.
 Y animosos
 Por la Pátria idolatrada,
 Por esta Pátria sagrada
 Que Tú nos diste, Señor.

Al pié de tus altares
 De hinojos
 Por este bendito suelo
 Y hasta que vuelvan ellos
 Que codició con anhelo
 De nosotros
 Tanto soberbio invasor.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

VI.

En trance tal al mirarla,
 Decididos
 Numerosas son y fuertes
 Volaron todos
 Las falanjes enemigas;
 De los campos las espigas
 Más fácil fuera contar.

Los nuestros son pocos, y ellos
 De hinojos
 Son mil en contra de uno;
 Y hasta que vuelvan ellos
 Mas de los nuestros ninguno
 De nosotros
 Siente su ardor flaquear.

CORO.

Al pié de tus altares
De hinojos miranos,
Y hasta que vuelvan ellos
De nosotros Tú cuida, buen Dios.

VII.

Desnudos y mal armados,
 Sin recursos ni pertrechos,
 Reciben sobre sus pechos
 Las descargas del cañon.

Pero con eso y con todo,
 Ni vacilan, ni se abaten,
 Y, como tigres, combaten
 Con porfiado teson.

CORO.

Al pié de tus altares
De hinojos miranos,
Y hasta que vuelvan ellos
De nosotros Tú cuida, buen Dios.

VIII.

Por último, la victoria
 Nos da una palma sangrienta,
 Y empieza lleno de afrenta
 El enemigo á cejar.

Pero aunque en rota y deshecho
 Los altos cerros traspone,
 Detrás de ellos se dispone
 Nuevo combate á empeñar.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

IX.

¡Señor, Señor! que á tí lleguen
 Nuestras oraciones puras;
 Esos que luchan, hechuras
 De tu santa mano son.

Todos comprendidos fueron
 En idéntico destino,
 Sobre el Madero Divino
 Do se obró la *Redencion*.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

X.

Y pues que tan bueno fuiste
 Con los humanos entonces,
 Haz que callen esos broncees
 De la tierra en todo el haz.

Y que cubiertos de gloria,
 Los que sus lares dejaron
 Y por su Pátria lucharon,
 Vivan y mueran en paz.

CORO.

*Al pié de tus altares
 De hinojos míranos,
 Y hasta que vuelvan ellos
 De nosotros Tú cuida, buen Dios.*

Y pues que tan bueno fuiste
 Con los humanos entonces,
 Haz que fallen esos bronces
 De la tierra en todo el haz.

EL CERRITO DE LAS TRES PIEDRAS

Los que sus lares dejaron
 Y por su Patria lucharon,
 Viven y trabajan en paz.

ANÉCDOTA MORAL.

Acababa apenas de amanecer cuando por las calles de un cierto lugarcillo que está próximo á Logroño, transitaban dos hombres en silencio: uno de ellos con señales de robusted y de salud; el otro, como si alguna dolencia le aquejara, y cual si fuesen no pocos los años de vida que contara con tal fecha.

Habitado por labradores en su mayoría, el pueblecito de nuestra narracion ofrecia en aquella hora el aspecto natural de todos los lugares donde el hombre se levanta cuando el sol y se acuesta al venir la noche, despues de haber pasado el dia en medio de los campos cultivando las siembras y plantíos. Se oia acá y allá el alegre canto de los gallos en sus guaridas y corrales; en los aleros de los techos, y á lo largo de cobertizos y de tapias, piaban locamente multitud de

pájaros canoros, mientras que la campana de la aldea, desde lo alto de su torre, anunciaba el retornar del día con armonioso repique.

Nuestros dos madrugadores caminaban muy despacio: eran padre é hijo, y dirigian sus pasos á Logroño; el padre con ánimo de ingresar en uno de los hospitales de aquella poblacion, y allí curarse cierta enfermedad de pecho que le aquejaba ya de muy atrás; y el hijo, por su parte, resuelto á dejar allí al autor de sus días hasta ver si se mejoraba alguna cosa, y una vez más aliviado, á traérsele de nuevo para vivir reunidos en adelante.

Bien hubiera querido el viejo Anselmo, que así se llamaba el padre, haber ido tirando todo lo posible en casa de su hijo sin tener que pedir una cama en el santo Hospital; pero Felipe, que no contaba sino con muy escasos medios de subsistencia, viendo que la enfermedad del viejo, en lugar de ceder y aminorarse, iba, como comunmente se dice, de mal en peor, se fué cierto día en busca del médico del pueblo y le habló acerca del caso largamente.

El médico le dijo que la enfermedad de Anselmo, de continuar éste en la aldea, se curaria tarde y mal; y que en consecuencia el partido más acertado seria llevar el enfermo á Logroño, donde encontraria los remedios y cuidados que necesitaba su dolencia.

Con razones tales, se volvió á casa Felipe, sin con-

tar á nadie su entrevista con el facultativo; se decidió por fin á comunicárselo bajo reserva á cierta persona amiga de la casa, y esta persona, no mucho despues, puso en antecedentes al achacoso Anselmo.

Lleno éste de la mayor conformidad, llamó á Felipe cuando menos éste lo pensaba, y aprobó su determinacion, reprendiéndole únicamente por su falta de franqueza. Pocos dias despues, salian uno y otro de su casa, y ambos juntos; el sol iba á salir tambien tras las montañas orientales, y, como hemos visto ya, hijo y padre caminaban muy despacio; ahora andando un corto trecho, luego deteniéndose para descansar, sentándose unas veces, y otras recostándose donde mejor cuadraba á sus deseos.

Así llegaron á una pequeña eminencia desde donde se descubria muy cerca á Logroño, con sus campanarios y edificios, en los cuales se reflejaban los primeros rayos del sol que de salir acababa.

«Detengámonos aquí, hijo mio, dijo Anselmo; la subida de esta última cuesta me ha cansado mucho y quisiera tomar aliento.»

«Sea como V. quiera, y descansemos, respondió Felipe.»

Anselmo se sentó sobre unas piedras que inmediatas de allí estaban, y Felipe hizo lo mismo al lado de su padre, quien pasado un breve rato dijo así:

«Lo que voy á contarte, Felipe, sucedió ya hace muchos años, en este mismo sitio y á esta misma hora. Justamente ahí, donde tu acabas de sentarte, me senté yo al lado de tu abuelo; estas piedras que me sirven de asiento, segun ves, estaban aquí mismo; creo si no me engaño, que eran tres; el pobre viejo las contó y me mandó tambien que las contase; yo quiero, hijo mio, que tú tambien las cuentes; creo que no falta ninguna; acércate y míralo.

Felipe obedeció á su padre, y ambos á un tiempo examinaron el grupo de piedras; habia precisamente tres y estaban unas sobre otras formando á manera de un asiento.

«Pues bien, hijo mio, continuó diciendo Anselmo; tu abuelo Ignacio, á quien Dios tenga en su gloria, se puso enfermo como yo lo estoy; durante mucho tiempo yo cuidé de él como un buen hijo, y le asistí, no faltándole medicinas ni nada de lo necesario durante varios meses; un dia, por fin, sin dar cuenta á nadie de lo que pensaba hacer, me fuí á casa del facultativo de la aldea, el cual me aconsejó que llevara el enfermo al hospital, donde seria muy fácil que el anciano se curase como se habian curado muchos otros.»

Se detuvo Anselmo unos momentos y prosiguió su narracion de esta manera:

—«Debes comprender, hijo mio, lo mucho que me

»costaria saber estas razones; me vine á casa con
 »bastante pena, y sin valor para contar á tu pobre
 »abuelo lo ocurrido; es verdad que quise hacerlo al-
 »gunas veces, y no encontrándome con fuerzas, hice
 »tambien otro tanto de lo que tú has hecho conmi-
 »go; encargué á un individuo de la familia que habla-
 »ra con tu abuelo acerca del particular, y pocos dias
 »despues, á esta misma hora, hace hoy veintiocho
 »años, y en este mismo sitio, el triste viejo, sentado
 »sobre estas mismas piedras, y yo dándole compañía
 »como tú me la estás dando, nos detuvimos en lo alto
 »de esta loma para descansar de ese repecho que aca-
 »bamos de subir.

»Sí, hijo mio; acababa de salir el sol, era esta
 »misma hora; tu abuelo Ignacio caminaba al Hospi-
 »tal y yo le conducia. Quiera el Cielo, hijo mio, que
 »tú no te veas en tal necesidad andando el tiempo, y
 »que tus hijos, actualmente pequeños, no vengan con-
 »tigo por estas sendas y parajes como tú vienes con-
 »migo ahora: no permita Dios que la amargura que
 »yo experimento en este instante la sufras tú maña-
 »na ú otro dia. Es muy justo que yo vaya al Hospi-
 »tal y que tú me vengas conduciendo; por eso no me
 »quejo de tu proceder, y me resigno á sufrir este que-
 »branto como una expiacion justamente merecida;
 »bendigo á Dios que me proporciona esta ocasion de
 »reparar aquella gran falta contra mis deberes de

«buen hijo, y me someto resignado á esta tristeza y
«afliccion que me desgarrá el alma.»

Al pronunciar estas últimas palabras, lloraba el
pobre Anselmo como pudiera hacerlo un niño; pero
no lloraba él solo; lloraba tambien Felipe abrazan-
do al desconsolado viejo, y pidiéndole perdon con vo-
ces y frases entrecortadas por los sollozos y las lá-
grimas.

«Padre mio, le decia; yo no quiero que V. vaya al
«Hospital; nos volveremos á nuestra casa y sea lo que
«Dios quiera; yo estoy muy arrepentido de lo que he
«querido hacer con el autor de mis dias; si he sido
«malo y desnaturalizado hasta este instante con us-
«ted, yo en lo sucesivo seré bueno y piadoso. Padre
«mio, volvámonos sin tardanza á nuestra aldea; vi-
«vamos allí todos reunidos como lo hicimos hasta
«hoy, y no pasemos de este sitio.»

Con estas frases y otras no menos cariñosas y sen-
tidas, llegó un momento en que, un poco repuesto el
ánimo de Anselmo, le permitió dirigir á Felipe estas
razones:

—«Hijo mio, lo que hoy me sucede te he dicho
«que es muy justo; la voluntad del Cielo es esta; cum-
«plámosla uno y otro; yo consentí que tu abuelo Ig-
«nacio entrase como enfermo en uno de esos asilos
«que la Caridad cristiana tiene establecidos en las
«grandes poblaciones; déjame tú entrar tambien don-

de aquel anciano entró, y no me impidas lavar de esta manera mi terrible falta.

»Si no quieres venir conmigo hasta Logroño, no vengas, hijo mio; segun ves, está muy cerca ya y puedo ir sólo; el perdon que me demandas, yo te lo concedo con toda mi alma y de buena voluntad; nunca mi corazon de padre dejará por esto de quererte como te quiso desde que viniste al mundo. Así que, vuélvete á casa, márchate á la aldea, y si quieres, ven á Logroño á verme algunos dias: tambien quiero que alguna vez me traigas á tu esposa y tus dos niños para verlos; una vez luego que yo me mejore alguna cosa, pediré al médico mi alta, me saldré del Hospital, y volveremos á estar juntos en tu casa el tiempo que Dios quiera. Conque obedéceme, hijo mio; dame un abrazo, y hasta uno de estos dias en que espero vengas á verme allá.»

Despues de estas palabras, Anselmo se levantó de sobre las piedras ayudado por Felipe; fué á andar algunos pasos, y Felipe se cruzó delante, echándole los brazos al cuello, mientras le decia:

«Padre mio: creo que la falta cometida con mi abuelo Ignacio por V. ha quedado bien lavada con las lágrimas que ha derramado V. á vista mia sentado en esas piedras; además de ese llanto, ha visto usted el mio cuán abundante y verdadero ha corrido de mis ojos. Si las lágrimas de V. cree que no bas-

«tan para aplacar la justicia del Cielo; yo espero
 «que unidas á las que yo acabo de verter lo han de
 «conseguir, si es que no lo han conseguido ya. Dios,
 «que ve el fondo de los corazones, ha visto los nues-
 «tros; y sin duda alguna, para que V. lavase su pe-
 «ccado y yo el mio, nos inspiró la idea de venir por
 «esta ruta, habiendo, como V. sabe, muchas otras
 «que conducen á la ciudad vecina.

«Demos, pues, gracias á la Providencia por haber-
 «nos traído á este paraje, á donde, si V. quiere, ven-
 «dremos de cuando en cuando á pensar en la memo-
 «ria de mi abuelo; y á rogar á Dios por su buen
 «alma. Arrodillados uno y otro sobre estas toscas
 «piedras, en las cuales el viejo se sentara hace hoy
 «veintiocho años, las regaremos por igual con nues-
 «tras lágrimas.

«...!! Cuando V. por sus achaques ó por cualquier
 «otro motivo no pueda venir, vendré yo solo; y en el
 «curso del tiempo, que no deja de andar, cuando mis
 «dos niños sean mayores, vendremos con ellos á este
 «sitio; y enseñándoles esas tres piedras, les diré:
 «*Hijos míos: vuestro abuelo Anselmo y vuestro padre*
 «*las humedecieron con su llanto muchas veces; visitad*
 «*siempre que podais este lugar, y pasad junto á esas*
 «*piedras con respeto.*»

De tal modo habló Felipe sin desasirse del cuello
 de su padre; profundamente impresionado el corazón

de éste, no pudo resistir más á las instancias de aquel hijo arrepentido hasta tal punto, é inmediatamente se pusieron en marcha con direccion á la aldea.

Llegaron allá más pronto de lo que creían; la esposa de Felipe, que no les esperaba, se llenó de sorpresa al verlos; luego que la dieron cuenta de todo lo ocurrido, se alegró en el alma de que se hubiesen vuelto para casa, donde Dios cuidaría de protegerlos.

Con el tiempo, Anselmo llegó á mejorarse bastante, cosa de la cual todos en la aldea desconfiaron siempre.

Cuando le llegó la hora de salir de aqueste mundo, llamó las bendiciones del Cielo sobre Felipe, su esposa y los hijos de éstos, que eran ya crecidos.

Felipe, por su parte, luego que faltó del mundo Anselmo, continuó, como en vida del anciano, visitando aquel sitio inolvidable y casi sagrado para él, llevando allá en muchas ocasiones á sus hijos. Más de una vez en las calurosas tardes del estío les cogió la noche en aquel alto, hablando los tres de las escenas en aquel paraje ocurridas, y considerando los medios admirables de que la Providencia se sirve para realizar su justicia y sus designios.

Desde entonces, aquella colina, la cual nada tiene de extraordinario ni particular á la vista de los que pasan por sus inmediaciones, la llaman los naturales del país *El cerrito de las tres piedras*.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

PLEGARIA.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos, bondadosa,
 En toda tribulacion.

ESTROFA PRIMERA.

Todo tu gloria pregonan
 Desde el átomo hasta el Sol;
 Y en el campo á su manera
 El arroyuelo y la flor.

Lo mismo del alba pura
 El magnífico esplendor;
 Que el céfiro vagaroso
 Y el insecto zumbador.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos bondadosa
 En toda Tribulacion.

II.

Al humilde tú visitas
 En su ignorado rincon;
 Del harapiento mendigo
 Piadosa escuchas la voz.

Desde el cansado bracero
 Al opulento señor,
 Ninguno hasta tí sus ruegos
 Jamás en vano elevó.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos bondadosa
 En toda tribulacion.

III.

Mi pié inseguro dirige
 Por los caminos de Dios,
 Y el gérmen de las virtudes
 Derrama en mi corazon.

Vaya sin cesar conmigo
 Tu poderoso favor,
 Y jamás, Virgen Divina,
 En balde clame á Tí yo.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos, bondadosa,
 En toda tribulacion.

IV.

Niño soy como aquel niño
 Que de tu seno nació
 En noche oscura y profunda,
 De un establo en el rincon.

Todos los niños del mundo
 De aquel niño hermanos son,
 Y caben bajo los pliegues
 De tu manto protector.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos, bondadosa,
 En toda tribulacion.

V.

Padres tuve cariñosos
 Cuyo solícito amor,
 Abrigó presto á mis miembros
 Y en pañales me envolvió.

Piadosa por ellos mira
 Desde tu santa mansion,
 Y tus divinos favores
 Desciendan sobre los dos.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos, bondadosa,
 En toda tribulacion.

VI.

A invocarte me enseñaron
 Con acendrado fervor;
 A Tí desde entonces sube
 Mi balbuciente oracion.

Desde entonces, Virgen Pura,
 Mi sencillo corazon
 Te invoca al nacer el dia,
 Te invoca al nacer el Sol.

CORO.

Madre del Verbo Divino,
 Madre del Sumo Hacedor,
 Ampáranos, bondadosa,
 En toda tribulacion.

HISTORIA DE JOSÉ

I.

Erán doce los hijos de Jacob, y sus nombres como siguen:
 Ruben, Simeon, Levi, Judá, Isacar, Zabulón,
 Gad, Dan, Nephthali, José y Benjamín.

Este último era el menor de todos, y le antecedió en edad José, que podría tener entonces quince años. Un día que el mancobo se encontraba pastoreando los rebaños de su padre, los cuales eran numerosos, sus hermanos cometieron cierta acción mala y depravada; y el doncel, á fin de que un atentado semejante no volviera á cometerse, reprendió por su conducta á sus hermanos dando luego á Jacob cuenta de todo.

Tratamiento inhumano del venerable Patriarca, llamado

HISTORIA DE JOSÉ.

I.

Eran doce los hijos de Jacob, y sus nombres como siguen:

Ruben, Simeon, Leví, Judá, Issachar, Zabulon, Gad, Dan, Nephthali, José y Benjamin.

Este último era el menor de todos, y le antecedia en edad José, que podría tener entonces quince años.

Un dia que el mancebo se encontraba pastoreando los rebaños de su padre, los cuales eran numerosos, sus hermanos cometieron cierta acción mala y depravada; y el doncel, á fin de que un atentado semejante no volviera á cometerse, reprendió por su conducta á sus hermanos, dando luego á Jacob cuenta de todo.

Justamente indignado el venerable Patriarca, llamó

á los delincuentes ante sí reprochándoles su terrible falta; pero ellos, en lugar de arrepentirse y llorarla, luego de salidos de la presencia de Jacob, se convirtieron en secreto para dar muerte á José á la primera ocasion oportuna.

Trascurrió así bastante tiempo, sin que nadie en la tribu se apercibiese de aquella oscura trama, urdida contra la persona de José, el cual seguia queriendo y amando á sus hermanos como siempre, figurándose á su vez que sus hermanos le amaban tambien y le querian; pero no le duró mucho esta creencia; porque enviado el candoroso jóven por Jacob en busca de ellos hácia las partes de Sichén, país que distaria como unas cuarenta leguas de donde Jacob habitaba con la tribu, luego que vieron al jóven que venia, le cercaron de improviso, y despojándole de los vestidos que llevaba, se dispusieron á darle la muerte en aquellas soledades.

En vano el desventurado hijo de Jacob cayó bañado en lágrimas á los piés de sus hermanos, pidiéndoles misericordia; en vano demandóles compasion, siquiera en nombre de su anciano padre, que era el de ellos tambien; en balde les trajo á la memoria las venerables canas del noble Patriarca, las arrugas de su rostro y su triste ancianidad, cargada de virtudes y merecimientos; antes bien, las súplicas del infortunado no consiguieron otra cosa que acrecer el

furor de aquellos hombres, y varios puñales brillaron á un tiempo sobre la cabeza del atribulado niño.

En aquellos momentos angustiosos, José ya no lloraba, ni gritaba, ni pedia nada á sus hermanos: estaba arrodillado sobre la tierra, y pensaba en Dios, levantando sus grandes ojos al cielo, y encomendando su salvacion únicamente á la Providencia; y ésta, hiriendo con un rayo de piedad el corazon de dos de aquellos desalmados, llamados Rubén y Judá, hizo que mediante las gestiones de estos renunciasen los demás á verter la sangre del jóven; pero tuvieron que acceder á que se metiese al desgraciado dentro de una cisterna que allí muy cerca habia, y que en aquel entonces estaba seca del todo.

Habíanle ya descolgado al fondo de aquel pozo, para que allí muriera de sed, de hambre y de pesar, cuando divisaron una caravana de comerciantes Madianitas que pasaba por aquellas inmediaciones; esta circunstancia les hizo mudar de parecer, conviniendo en que lo mejor sería venderles el muchacho á cualquier precio; hiciéronlo así, recibiendo en trueque de su venta veinte monedas, equivalentes, con diferencia muy corta, á ciento cincuenta y siete reales de los nuestros. Con esto, José quedó en poder de aquellos comerciantes que iban hácia Egipto, en cuya capital lo sacaron sus amos al mercado y le vendieron.

Comprólo y tomóle á su servicio Putifár, Generalísimo de las tropas egipcias y hombre de alto poder y valimiento; y fueron tan grandes la puntualidad y exactitud con que José llenó en aquella casa sus obligaciones y deberes, que bien pronto el noble Putifár, haciéndole dueño de todo su afecto y confianza, en vez de considerar á José como un esclavo, no vió en él otra cosa que un consejero y un amigo.

José, por parte suya, en medio de tanta fortuna y bienandanza, no se olvidó ni un sólo dia de pedir al Cielo por la prosperidad de su buen padre y la salud de sus hermanos, á los cuales habia perdonado noblemente, no conservando hácia ellos rencor ni ojeriza; antes bien, lo que le apesadumbraba con frecuencia era el no tener de ellos noticias y no poder manifestarles su mucha estimacion en aquel estado á que la bondad de Putifár le habia subido.

Pero no duró mucho esta situacion de cosas tan favorable para el jóven; porque enamorada de su hermosura y gallardía la mujer de Putifár, y no consiguiendo por medio alguno vencer la virtud del casto jóven, calumnióle infamemente ante su crédulo marido; y engañado éste por aquella mujer indigna y pecadora, lanzó á José de su palacio, encerróle dentro de un oscuro calabozo y juró hacer con el manco escarmiento terrible. De éste modo probaba el Señor la paciencia y la fé del inocente Israelita,

cuyo corazón, animado por una grande esperanza en la justicia del Altísimo, no desmayó ni un sólo instante mientras duró su penoso cautiverio, el cual se prolongó por espacio de dos años.

Empezaba José á contar el tercero de su desgracia, cuando vinieron á turbar el reposo de Faraon, mientras dormia, dos visiones misteriosas, las cuales no pudieron explicar los astrólogos y sábios que habitaban en sus reinos, congregados á estos fines por el Rey en su palacio.

El Copero Mayor de Faraon, que en otro tiempo estuvo en la cárcel preso con José, hizo saber á la Real Persona cómo en las públicas prisiones habia un encarcelado capaz de satisfacer los régios deseos, de todo lo cual tenia él pruebas concluyentes y efectivas.

Oidas éstas nuevas por el Rey, manda que inmediatamente se ponga al preso en libertad; momentos despues José comparece en su presencia sereno y humilde; allí se encuentra reunida la Côte toda entera; tambien están los sábios y adivinos de más fama y renombre; Faraon narra y dá cuenta de sus sueños al jóven Israelita, y éste, despues de invocar á Aquel en quien residen toda sabiduría y acierto, fijando en Faraon sus grandes y hermosos ojos, le dice de ésta forma:

«Las siete vacas hermosas que tu vision prime-

»ra te mostró cuando dormias, son siete años de
 »abundancia que se acercan para los campos de to-
 »dos tus reinos; pero las siete vacas macilentas que
 »despues te pareció ver salir del rio y comerse á las
 »hermosas, representan otros siete años de esterili-
 »dad completa en tus dominios, y han de venir en
 »pos de los años abundantes.

»Luego que viste todo esto ¡oh Rey! te despertaste
 »con gran miedo y sobresalto; pero el sueño te rindió
 »de nuevo y viste siete espigas muy llenas y lozanas
 »sobre un tallo, las cuales de allí á poco fueron de-
 »voradas por otras siete espigas cubiertas de tizon y
 »enfermas: y ésta fué tu vision segunda y última.

»Sobre ésta tu vision segunda, mándame mi Dios
 »¡¡oh Rey!! decirte que no es ni más ni ménos que
 »una confirmacion de la primera. Y ahora te advier-
 »to, Faraon, que te dés priesa á sacar de esto que mi
 »Dios se ha dignado revelarme y que tú acabas de
 »oir todo el provecho posible para bien tuyo y de to-
 »dos tus vasallos: porque te aseguro que el año en
 »que ahora estamos es el primero de los siete de
 »abundancia, y en pasando el último de estos ven-
 »drán los otros siete llenos de escasez y angustia.»

Atónitos se hubieron de quedar al oir estos pres-
 »gios, no sólo el muy alto y podéroso Faraon, sino
 »tambien todos cuantos caballeros, sábios, cortesanos
 »y magnates allí presentes se encontraban; pero el

asombro general subió de punto cuando Faraon, bajando de su trono y acercándose hasta donde estaba el Israelita, entregó á este su real anillo, declarando que de allí en lo sucesivo, todos los habitantes del Reino acatarian la voluntad y los mandatos de aquel hombre extraordinario.

En seguida hizo que José, vestido de una túnica riquísima y con un collar al cuello, de oro y pedrería, fuera llevado por las calles de la ciudad sobre una carroza esplendente, como así tuvo lugar, recibiendo José durante el tránsito las aclamaciones de aquel pueblo, que arrebatado de entusiasmo le llamaba salvador y padre de la nación egipcia.

PLEGARIA DE LA MAÑANA.

Á DIOS.

I.

Deja, Señor, que postrado
 En tu sagrada presencia,
 Lleno de fé y de inocencia,
 Te salude al despertar.

Deja que al ver por el Cielo
 La luz del naciente dia,
 Se apresure el alma mia
 Tus bondades á ensalzar.

II.

Anoche, al querer dormirme,
 Tú mis párpados cerraste,
 Y un arcángel colocaste
 Cerca de mi cabezal.

Él, sus protectoras alas
 Batiendo sobre mi frente,
 Mi casto sueño, inocente,
 Preservó de todo mal.

III.

A los cantos que en sus nidos
 Te entonan las avecillas
 Mis alabanzas sencillas
 Yo quiero, Señor, juntar.

Quiero que mi voz, mezclada
 Con la del limpio arroyuelo,
 En busca tuya del Cielo
 Los tules suba á rasgar.

IV.

Esos millares de flores
 que su aroma te regalan,
 Esos corderos que balan
 La ténue yerba al pastar;

Y esas auras cuyo soplo
 Las florestas estremece,
 Que se despiertan parece
 Y te bendicen al par.

V.

Esas estrellas que huyen,
 Esa luz que se aproxima

Y ese sol que por la cima
 Del monte subiendo va;
 Testigos son portentosos
 Que tu grandeza pregonan,
 Y tu excelsitud abonan
 Y tu infinita bondad.

VI.

Ante mis ojos pusiste
 Tan excelsas maravillas
 Para que yo de rodillas
 Te invocara sin cesar.

Para que cada mañana
 Al despertar en mi lecho,
 Los afectos de mi pecho
 En Tí supiera fijar.

VII.

A Tí, Señor, que piadoso
 Mi dicha sólo deseas,
 Ofrézcode las tareas
 A que voy principio á dar.

Bendícelas Tú, Dios mio,
 Desde el Cielo donde moras,
 Y mi lengua á todas horas
 Con fervor te alabará.

HISTORIA DE JOSÉ.

(Continuacion.)

II.

Cuando hubieron llegado los siete años de esterilidad predichos por José, los estragos del hambre comenzaron á sentirse en todas partes ménos en Egipto, donde, depositadas en grandes almacenes por órden de José las cosechas recogidas durante los años de abundancia, existian inmensas cantidades de grano, capaces de proveer al consumo de la nacion egipcia y al de los paises vecinos durante mucho tiempo.

Uno de los mas castigados por el terrible azote fué la tierra de Canaan, donde Jacob habitaba con sus hijos, llorando incesantemente la pérdida de su amadísimo José, á quien juzgaba fuera de esta vida; y era natural que así lo creyera el venerable Patriar-

ca: pues los hermanos de José, luego de venderle, remitieron al anciano la túnica del jóven empapada en la sangre de un cabrito, diciéndole que una fiera del monte lo habia despedazado, sin dejar más señales del pobre niño que aquel tristísimo despojo.

Como el hambre arreciara por momentos en aquel pais, antes tan productivo y fértil, Jacob hubo de disponer que se partieran para Egipto, en busca de grano, diez de sus once hijos, quedando al lado suyo el más pequeño, el cual, como ya sabemos, se llamaba Benjamin.

Los diez que se pusieron en camino eran cabalmente los mismos que once años atrás atentaron contra la vida de José y le vendieron á los comerciantes Madianitas; durante tanto tiempo, ninguno de los diez habia pensado nunca que la Divina Providencia les haria sentir su accion más tarde ó más temprano, poniendo sus vidas y personas á merced de aquel hermano á quien trataran de un modo tan duro y alevoso.

Una vez llegados á Egipto, tuvieron que dirigirse á Tánis, ciudad grande y hermosa donde la córte residia; pero no bien hubieron puesto su planta en la ciudad, cuando fueron tomados por espías y presentados como tales al primer Ministro de Faraon.

Para defenderse contra aquella impostura, dijeron que todos eran de tierra de Canaan é hijos de un

mismo padre, llamado Jacob; añadieron que tenían otro hermano de menor edad que ellos, llamado Benjamin, el cual no había querido su padre que viniese; asimismo dijeron que otro hermano que habían tenido, llamado José, había muerto muchos años antes: aseguraron que venían en busca de trigo nada más, y que no eran enemigos de aquellos estados; deseando, por el contrario, para la nación egipcia y su Monarca todo linaje de prosperidades.

Contestando á todas sus razones, dijoles José, por medio de su intérprete y sin darse á conocer, que no prestaría crédito á nada de lo que decían, mientras no fuesen á Canaan y trajeran consigo aquel hermano que por allá se había quedado; y hasta que volvieran á traerle, quedaria preso uno de ellos para responder con su cabeza de todo cuanto acababan de manifestarle, añadiéndoles, por último, que si al regresar no traían á Benjamin, además de morir el que de ellos iba á ser puesto en prisiones, ni verían el rostro de Faraon ni el suyo, ni llevarian un sólo grano de trigo á su país.

Quando tal oyeron los diez, parecióles que la tierra se abría bajo sus plantas; no se daban cuenta de lo que les sucedía, ni osaban mirar el rostro severo de José, del cual ni siquiera remotamente sospechaban pudiera ser el jóven que intentaron matar en otro tiempo; por su parte José se esforzaba en

disimular á toda costa las emociones que embargaban su noble corazón, deshecho en raudales de cariño hácia aquellos hombres, en los cuales no veía otra cosa que diez hermanos suyos necesitados de su perdón y sus favores.

Pero cuando esta situación llegó á su colmo, haciéndose insoportable para el magnánimo José, fué cuando en presencia suya, y creyendo que no los entendía por hablar un idioma diferente, principiaron á acusarse los unos á los otros del crimen que con su hermano cometieron en otro tiempo. «*Justamente, decían; padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, viendo la angustia de su alma cuando nos rogaba y no le oímos; por esto há venido sobre nosotros esta tribulación.*

Y á este tenor tales eran los reproches que les merecía su pasada conducta, y tan vivo el sentimiento que se manifestaba en sus frases todas y en sus ademanes y en sus rostros, que José, no pudiendo estar más tiempo allí, salióse á una cámara inmediata para llorar y desahogarse un poco.

Así pagaba el nobilísimo José la horrible acción que en su persona cometieran once años atrás aquellos hombres crueles y perversos; de esta manera castigaba el generoso jóven la extremada dureza con que aquellos malvados respondieron á sus ruegos y á sus lágrimas, cuando, arrodillado delante de ellos

aquel dia, pediales por caridad que no le matasen de aquel modo, áun quando no volviesen á quererle ni á mirarle como hermano suyo; de este modo se vengaba el piadoso hijo de Jacob de aquellos que tan inhumanamente le privaron de la vista de su padre, de la pátria donde habia nacido y de la libertad, vendiéndole como esclavo á los mercaderes Madianitas; esto es, llorando de júbilo y ternura por haberles vuelto á ver despues de tantos años, y compadeciéndoles y amándoles como si nunca le hubiesen ofendido, y como si nada les debiese á todos diez más que obsequios y favores.

Ya repuesto y sereno lo bastante, José volvió á salir donde los diez habian quedado; uno de ellos, llamado Simeon, brindóse á quedar preso en rehenes hasta que los otros volvieran de Canaan, trayéndose consigo á Benjamín.

El ministro de Faraon se mostró con esta medida del todo satisfecho, y dando las órdenes oportunas para que se les proveyese del trigo que pedian, despidiólos para su país, hácia el cual se pusieron en camino á la mañana siguiente.

LA PUESTA DEL SOL.

ROMANCE.

Con recatado sigilo,
 Entre brumas y entre sombras,
 Por los cerros orientales
 La noche su rostro asoma.
 Del Sol los últimos rayos
 Se debilitan y acortan,
 Bañando con triste luz
 De los árboles las copas.
 Las colinas y los valles,
 Antes alegres, ahora
 Tan sólo tristeza inspiran,
 Y pesar y angustia honda.
 Los pájaros á sus nidos

Con rápido vuelo tornan,
Y en la grama los insectos
Calladamente se posan.
Con sus ovejas delante
Vuelve el pastor á su choza,
Y el tardo buey á su aprisco
Sin coyundas ni maromas.
Se ve hácia la humilde aldea,
En espirales brumosas,
El humo de los hogares
Que por la atmósfera flota.
Y se oye además el eco
de la campana, que toca
Demandando una oracion
Al ánima religiosa.
El fondo entonces del Cielo
Lentamente se tachona
De estrellas resplandecientes
Con multitud prodigiosa.
Del horizonte en un punto
Débil claridad se nota,
Cada vez más perceptible,
Cada vez más luminosa.
Es la Luna, que subiendo
Viene detrás de las lomas,
Sentada en soberbio trono
De plata deslumbradora.

A presidir de los astros
 La carrera portentosa,
 Brillando en medio del Cielo
 Como en un campo de gloria.
 Y Dios, el sublime Autor
 De tan portentosas obras,
 A velar se queda Solo
 Mientras la Creacion reposa.

GANCIÓN.

Coro.

En tu regazo amoroso
 Dominar quiero, Señor,
~~Bajo la espina divina~~
 De tu santa bendición.

ESTROFA PRIMERA.

Allá en Ocaso

La tarde muere,
 Tras las montañas
 Se oculta el Sol;

Y sobre el mundo
 La noche turbia
 Lenta descege
 Negro crepúsculo.

A presidir de los astros
 Las carreras portentosas,
 Brillando en medio del Cielo
 Como en un campo de gloria,
 Y Dios, el sublime Autor
 De tan portentosas obras,
 A velar se queda solo

LA PLEGARIA DE LA TARDE. M

CANCION.

CORO.

*En tu regazo amoroso
 Dormirme quiero, Señor,
 Bajo la egida divina
 De tu santa bendicion.*

ESTROFA PRIMERA.

Allá en Ocaso
 La tarde muere,
 Tras las montañas
 Se oculta el Sol;
 Y sobre el mundo
 La noche umbría
 Lenta descoge
 Negro crespon.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor;
 Bajo la egida divina
 De tu santa bendicion.*

II.

Sueño tranquilo,
 Como el del justo,
 Por esta noche
 Danos, Señor;
 Y desde el Cielo
 Haz que descienda
 Sobre nosotros
 Tu bendicion.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor;
 Bajo la egida divina
 De tu santa bendicion.*

III.

El enemigo
 De nuestra dicha
 Ronda en la sombra
 Nuestra mansion,

Como en el fondo
 De los desiertos
 Ronda su presa
 Tigre feroz.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor,
 Bajo la egida divina
 De tu santa bendición.*

IV.

Ángeles manda
 Que velen fieles
 De nuestros lechos
 En derredor,
 Y que presidan
 La paz dichosa
 De nuestro sueño
 Reparador.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor,
 Bajo la egida divina
 De tu santa bendición.*

V.

Esas tinieblas
 Que tanto asustan
 De los humanos
 El corazón,
 Haz que las miren
 Los que te aman
 Sin sobresalto
 Ni turbación.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor,
 Bajo la égida divina
 De tu santa bendición.*

VI.

Nuestro reposo
 Protege pío,
 Y á la mañana
 Despiértanos,
 Para que alegres
 Y agradecidos
 A Tí elevemos
 Nuestra oración.

CORO.

*En tu amoroso regazo
 Dormirme quiero, Señor,
 Bajo la égida divina
 De tu santa bendición.*

Has que las miras
 Los que te aman
 Sin sobresalto
 Ni turbación.

CORO.

En tu amoroso regazo

Dormirme quiero, Señor,

Bajo la égida divina

De tu santa bendición.

VI.

Nuestro reposo

Protege pio,

Y a la mañana

Despiértanos,

Para que alegres

Y gratificados

A Ti elevemos

Nuestra oración.

HISTORIA DE JOSÉ.

(Conclusion.)

III.

Cuando los nueve, al volver de su viaje, llegaron á presencia de Jacob, contáronle las extrañas aventuras que les ocurrieran en Tánis, donde se había quedado en rehenes Simeon por orden del Ministro Egipcio, hasta un segundo viaje, que tendrian que llevarse á Benjamin para que le conociera aquel alto y encumbrado personaje; pues éste les habia hecho juramento de no soltar á Simeon, ni dejar salir un grano de trigo para los habitantes de Canaan, áun cuando muriesen todos de hambre, á no ser que el pequeño Benjamin le fuese presentado.

Desde luego se deja comprender lo mucho que un mensaje tal entristecería el alma de Jacob, cubierta

de tristeza desde el día en que llegára á poder suyo la túnica ensangrentada de José, como testimonio irrecusable de la muerte del mancebo; el desolado padre cubrió de besos y de lágrimas aquel triste despojo; rasgó lleno de dolor sus vestiduras, y juró por sus canas venerables que el pequeño Benjamin jamás se apartaría de su lado, por temor de perderle, segun habia perdido al otro, sin tener siquiera el consuelo de recoger su último suspiro y dar á su cadáver sepultura.

Pero las provisiones que de Egipto se trajeron, se agotaron harto pronto; el pan llegó á faltar primero en la tienda de Jacob y despues en todo el campamento de la tribu. Un día ésta hubo de agolparse donde se levantaba el pabellon del anciano Patriarca, pidiéndole que remediára con sus providencias aquella gran necesidad; esto no era posible sino enviando á Egipto por grano, pues dentro del país no se encontraba ni una sola espiga; entonces Jacob, vencido por aquellos ruegos y demandas, resolvió dejar ausentarse á Benjamin.

Enlazados unió al cuello del otro y sin poderse separar, gemian y sollozaban de una manera lamentable, cual si fuera aquella la última vez que hubieran de verse en este mundo; aquel viaje hacia que las heridas que en el corazón del Patriarca abriera la desgracia de José, se renováran á la par, robándole

todo consuelo y lenitivo. Y era, por cierto, tristísimo espectáculo el que ofrecían aquel viejo y aquel niño, llorando el uno sobre el otro y diciéndose mutuamente las frases más tiernas y sentidas, en tanto que la tribu entera allí presente, tomaba parte en aquel duelo, poblando el aire con sus sollozos y sus gritos.

Llegada la hora de partir, Benjamin y sus hermanos emprendieron su viaje, llegando, después de algunos días, con toda felicidad á Egipto; siguieron sin detenerse hasta la capital, donde el Gobernador les recibió con muestras de la más viva complacencia. En seguida mandó soltar á Simeon y disponer en su palacio un gran convite para obsequiarlos á todos; y en señal del regocijo que le proporcionaba el haber conocido á Benjamin, desde el momento en que le tuvo en su presencia, no cesó de prodigarle toda clase de atenciones, preguntándole con sumo interés por la salud de su anciano padre, á quien sentía mucho no hubiesen traído con ellos. Dióles asimismo, luego de terminado el festin, buena cantidad de presentes y regalos para que, en nombre suyo, los entregasen á Jacob; y abrazando con la mayor ternura á Benjamin, despidióse de todos once, los cuales, rebotando de contento y bien abastecidos de las provisiones que vinieron á buscar, emprendieron el camino de su país al día siguiente.

No habian andado media hora, cuando notaron que un ginete seguido de algunos más, corria por la llanura en direccion á ellos, mandándoles con grandes voces que parasen. Era el Mayordomo Mayor de José, que traia órdenes severas de conducirlos otra vez á Tánis para averiguar quién de entre ellos habia robado la copa de plata en que el Ministro tenia costumbre de beber, y, luego de hallado el delincuente, ponerle en manos de la justicia.

A tan vergonzosa acusacion, nuestros viajeros replicaron que se consideraban inocentes; pero insistiendo el Mayordomo en lo que habia dicho, los acusados, seguros de su honradez y su inocencia, pidieron que allí mismo se registraran sus sacos y costales; añadiendo que si la copa fuese hallada en poder de alguno de ellos, ese alguno pagase con la vida su malvada accion.

—Pues sea como quereis—contestó el egipcio; y descargadas las caballerías, se procedió á registrar los sacos todos, encontrándose la copa buscada en uno de los pertenecientes á Benjamin.

Un rayo que hubiese caído sobre aquellos hombres, poco antes tan llenos de animacion y alegría, hubiérales turbado mucho ménos que el hallazgo del precioso vaso en poder suyo, y precisamente en poder del virtuoso Benjamin, cuya inocencia se encontraba retratada en su semblante, y se vertia, por

decirlo así, de todo su exterior, moviendo el corazón del Mayordomo y de su gente á ternura y lástima. Así que, áun cuando el Mayordomo les enseñaba la brillante copa y ellos la veían, no les era posible dar crédito, ni mucho ménos convencerse de lo que sus ojos tan claro les mostraban, figurándose los cuitados que todo aquello era un sueño de sus imaginaciones y un puro delirio. Pero se convencieron de que todo era verdad, quando, á una señal del Mayordomo, la gente que traía se apoderó de Benjamin, y atándole como si fuera un repugnante malhechor, empujaronle delante de todos con rumbo hácia la populosa Capital, cuyos templos y pensiles se divisaban magníficamente iluminados por el sol, cuya luz, en aquellas regiones y países, es más viva y deslumbradora que en los nuestros.

Nuestros caminantes á su vez, poniéndose en marcha tras la funesta comitiva, la detenían é importunaban á cada instante, rogando al Mayordomo que perdonase á Benjamin y les castigase á todos ellos, y les hiciera sus esclavos; pero el inflexible egipcio, sordo á sus reflexiones y á sus ruegos, continuaba su marcha sin perder de vista al delincuente, llegando dentro de poco á la ciudad, y apareciendo acusadores y acusados en presencia de José, quien ya les esperaba hacia gran trecho.

Demudadas las fisonomías y clavados con ansia

los ojos en el semblante del Ministro, no podían articular palabra como llenos de mortal embargamiento, y más que hombres vivientes, parecían esculturas talladas en roca inerte y fría. Y hubiera durado Dios sabe hasta qué punto aquel silencio de una y otra parte; pero el Ministro de Faraon, levantándose del dorado sitial, donde entre cogines de seda y oro recostado estaba, exclamó con voz grave y severa:

«¿Por qué causa os habeis portado tan deslealmente conmigo? ¿Cómo habeis sido tan desconsiderados y tan locos, que la copa en que anoche bebí á presencia vuestra cuando os obsequiaba y atendia, me la hurtó vuestra falsedad, llevándoosla con vosotros en vuestro camino? No esperaba, no, mi corazón tamaña obra de mala correspondencia por esa vuestra parte. De mi lado estuvo la hospitalidad y el trataros como á gente amiga que uno quiere con el alma; pero vosotros me hicisteis traicion en mi descuido, y me indignásteis justamente contra vosotros y contra ese vuestro hermano, en cuya venida tanto se holgó mi regocijo.»

Quando esto oyeron los hijos de Jacob, cayeron en tierra, llegando á herir sus rostros contra el pavimento de la estancia. Uno de ellos, llamado Judá, acercóse andando de rodillas hasta el estrado donde José permanecía esperando los descargos de ellos; y

asiendo el manto de púrpura y oro que colgaba de los hombros del Gobernador, le decia besando los bordes de aquella régia gala:

«¡¡ Señor!! ¡¡ Justo y magnánimo Señor!! Deja en paz y en gracia á nuestro hermano: él hace la ventura mayor de nuestro padre, cuyos años son en grande número; al irnos la otra vez, luego que llegamos, le dijimos que tú querias ver á Benjamín, y nuestro padre se opuso á ello y se anubló su corazón cuando le contamos tus instancias. Nosotros que vimos aquellas muestras de pesár, dejamos correr algunos dias sin hablar al anciano de la cosa; luego volvimos varias veces sobre él, y él no quiso atendernos; lloraba mucho el infeliz, y su lloro nos obligaba á desmayar.

«Pero tú, Señor, nos habias declarado que no volviésemos acá si el mancebo no venia, y que no veríamos tu rostro ni harias que nos despacharan trigo; y nosotros, para que estas cosas no se hiciesen, repetimos nuestra demanda á nuestro padre. Oímosle que nos decia: *No irá este mi hijo, que me ha nacido en mi vejez en recompensa del que las fieras me quitaron otro tiempo cuando estaba con vosotros.* Y á pesar de todo insistimos en nuestras demandas para que Benjamín viniera y tú le conócieses: y se cumplió tu voluntad segun querias. El autor de sus dias y los nuestros quedó llorando hasta que vuelva su retoño,

»el cual, si no volviese allá, haria que el viejo muriera
 »sin consuelo y desechando nuestro arrimo. Así que,
 »Señor, quédeme yo esclavo tuyo de por siempre y
 »suelta á Benjamin, que es bueno y casto y no merece
 »esta tribulacion y angustia en que se halla.»

Así dió fin á su conmovedora súplica Judá, excitando á compasion el ánimo de cuantos oyeron sus palabras; el silencio más solemne reinó despues de ellas, esperando todos llenos de interés y de ansiedad el desenlace de aquella escena extraordinaria, suspensos los alientos, absortas las almas y parados en su latir los corazones.

José ya por parte suya no podia disimular lo que pasaba en su interior: torrentes de lágrimas se agolpaban á sus ojos y grandes suspiros levantaban incessantemente la tabla de su pecho, turbando su sér todo y exponiendo su vida, con tal lucha de efectos y emociones, á peligrosa prueba. Entonces, pues, mandó salir toda la gente que allí habia, incluso sus servidores y sus guardias, quedando á solas con los once prisioneros: estos continuaban en el centro de la sala, esperando lo que el Ministro dispusiera hacer de ellos, en la mayor angustia sumerjidos.

De pronto oyeron la voz del Gobernador que les decia llamándolos á sí con los brazos abiertos y bañado el rostro en lágrimas.

«Levantad, hermanos míos; venid, que yo os abrace:

«venid, hermanos de mi alma. Soy vuestro José, miradme, conocedme y no temáis: soy José, aquel hermano vuestro á quien vendísteis para Egipto. No penseis que pretendo vengarme de vosotros ahora que os tengo en mi poder; vosotros hicísteis lo que hicísteis: pero no os pido cuenta de nada, pues hace muchos años que os perdóné, lleno de compasion hácia vosotros, y pedí tambien á Dios que os perdonase.

«Ciertos es que por vosotros fuí vendido: pero fué para llenar los designios de la Providencia de este modo sin que vosotros lo supiérais: fué para que yo viniese á Egipto delante de vosotros y la voluntad del Cielo se cumpliera.

«Mi padre, que es el vuestro, vive aún, segun decís; esto alegra mi alma en gran manera, id, hermanos míos; id por el anciano y traédmele en seguida, para que se goce en mi fortuna y participe de esta gloria y poderío á que Dios quiso levantarme.»

«Cinco años quedan todavía de hambre y escasez sobre la tierra, durante los cuales no habrá siembra ni recolección: id de nuevo á las partes de Canaan, recoged á nuestro padre y veníos todos á mi lado con vuestras mujeres y con vuestros hijos y todo cuanto poseeis, para que no sufráis necesidad y esteis hartos y contentos.»

Y al pronunciar estas palabras, el magnánimo José

iba y venia de un hermano á otro, abrazándoles lleno de efusion y llorando de alegría al par de ellos, sin cansarse de prodigarles las mayores caricias y halagos.

La noticia de aquel suceso, tan singular como inesperado para todos, circuló con tan grande rapidez por la ciudad, que bien pronto se apercibió del caso Faraon y mandó á José su régia enhorabuena é igualmente á sus hermanos; puso luego á su disposicion buen número de carros y cabalgaduras para que fuesen en busca de Jacob y se trajeran consigo al noble Patriarca, juntamente con todas las familias de la tribu.

El lance de la copa habia sido, ni más ni ménos, que un medio ingenioso de que habia echado mano José para probar el cariño que sus hermanos tenian al pequeño Benjamin, haciendo poner, sin que nadie lo notara, el rico vaso en uno de los costales pertenecientes al jóven.

Poco tiempo despues de estos acontecimientos, por la parte que mira á las regiones de Canaán, penetraba en territorio egipcio un gran convoy, á cuyo frente se veia un anciano de aspecto venerable y presencia augusta.

A encontrar este convoy avanzaba en direccion

opuesta una carroza, lujosamente aderezada, seguida de otras varias, y sobre la cual se descubría un hermoso jóven, de gallardo continente y noble rostro, vestido de telas riquísimas, y rodeado de caballeros y de pajes.

Aquel anciano era Jacob, que venía en busca de su queridísimo José, para gozarse en la opulencia y fortuna de su hijo á quien, durante tantos años, lloró bajo los lienzos de su tienda en las llanuras de Canaán, creyéndole perdido para siempre.

Antes de juntarse una y otra comitiva, el jóven que montaba la carroza descendió de ella, encaminándose hácia donde estaban los primeros transportes del convoy, y mandando que ninguno de los suyos le siguiera.

Pero antes de que pudiese llegar donde pensaba, el encanecido anciano, que habia visto su accion, se adelantó tambien para encontrar al jóven.

Vióselos entonces con los brazos abiertos y empapados en llanto los semblantes, echarse el uno sobre el otro y dar gemidos tan conmovedores, cual nunca se escaparon de humanas gargantas.

Oyóse al venerable anciano que decia con grande voz, preñada de fuertes suspiros que pugnaba por ahogar:—«¡Hijo mio, José!! Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro, pues aún vives.»

Luego que pasaron tan profundas emociones, José,

queriendo dar á su buen padre una prueba más de su sumision y reverencia, instóle á que subiera en su carroza, cediéndole el primer asiento, y manifestando, por cuantos medios le eran dables, el respeto y el amor que profesaba al autor de sus dias.

Con esto, todos se pusieron en camino nuevamente, pasando luego Jacob, acompañado de la tribu, á posesionarse de las fértiles comarcas de Gessen, donde vivió tranquilo y feliz bastantes años, bendiciendo sin cesar las virtudes de aquel hijo tan cariñoso y bueno para él, como generoso, leal y compasivo para los que tiempos atrás con tanta dureza le trataron.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

Han pasado muchas horas desde que el hermoso astro del día, terminada su carrera por los espacios del cielo, se ocultó detrás del horizonte; las estrellas resplandecen con un fulgor extraordinario, y el globo de la luna, semejante á una lámpara de plata, se ostenta lleno de luz y majestad en la más alta region del firmamento. Están cerca las doce de la noche.

Todo calla en Belén, pequeña ciudad de Palestina y en sus alrededores; no transita un alma por sus calles; ni una luz, ni un movimiento, ni el más ligero ruido se perciben en lo interior de su recinto ni en su campiña pintoresca, poblada de sicomoros y naranjos; la naturaleza entera parece presagiar con su recogimiento la escena sublime y conmovedo-

ra que dentro de muy poco va á tener lugar en un punto de la tierra para salvar y redimir el género humano.

Efectivamente; en el fondo de un portalillo averiado por todas partes y casi ruinoso, buscando un albergue contra la intemperie y el frio, se encuentran sólo una mujer y un hombre: María se llama ella y José se llama él. La virtuosa pareja llegó ya muy puesto el sol á la ciudad; buscó posada en todas las hospederías, y no hallándola, se salieron de la poblacion divisando en el campo aquel albergue; afijidos en gran manera y cansados, y la pobre María con un niño en las entrañas, decidieron pasar allí la noche.

De repente la dulce y hermosa Hebreá nota en su sér las señales precursoras del parto; su buen esposo procura reanimar su espíritu y consolarla; no pueden pedir auxilio á nadie, pues el sitio es despoblado y nadie hay cerca; en tales parajes y á tal hora, sólo Dios del Cielo puede verlos y socorrerles en tan angustioso apuro. Dios lo hace así, y al marcar la Osa Mayor en el cielo las doce de la noche, aquella nazarena, que no era otra que la Virgen María, llena de gozo, acaba por dar á luz un hermosísimo infante.

En aquel momento mismo, baja desde el Cielo sobre el miserable portalillo como un rio de brillante claridad; por las azuladas regiones del aire cru-

zan en todas direcciones ecos de músicas suaves y de armoniosos coros; espíritus angélicos pasan cerca del establo rozando con las álas el musgo de sus piedras y cantando de este modo: «; *Hossanna, hosanna, hosanna!*»

¡¡ *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* ¡

Despertados de su sueño los pastores que con sus ganados habitaban aquellas cercanías, se llenan de religioso asombro: desde los cerros donde tienen sus chozas y cabañas descubren la columna de luz, que sigue posada sobre el techo del establo, y todos á una vez bajan de las cumbres para venir á donde está el Recien-nacido.

Iluminadas sus almas ignorantes y sencillas por la Gracia, reconocen en aquel hermoso niño al Hijo de Dios, vaticinado por los Patriarcas y Profetas; y postrándose humildes ante Él, le adoran conmovidos; ofrécenle al mismo tiempo los obsequios y agasajos que su pobreza y condicion les permiten, y aléjanse despues para anunciar á las cabañas más distantes las maravillas y portentos que vieron aquella noche con sus ojos.

No mucho despues, y guiados por una estrella, resplandeciente como un sol, tres augustos personajes llegan y se detienen á la entrada del humilde albergue.

Son tres Reyes poderosos, que viendo cada cual en su palacio una noche aquella grande estrella, se dispusieron á seguirla, sin saber unos de otros, y cada uno en la persuasión de que, caminando en seguimiento de aquel astro, tendrian precisamente que encontrar á un Rey mayor que ellos y que todos los Reyes de la tierra.

Le encontraron, en efecto, aquella noche; y entrando, llenos de respeto y humildad, donde la Sagrada Familia estaba, se postraron delante del Niño y le adoraron, ofreciéndole al mismo tiempo los más ricos y valiosos dones.

De tal manera tuvo lugar el nacimiento del Salvador del Mundo aquella noche inolvidable, cuyo recuerdo celebra el pueblo cristiano cada año el dia 24 de Diciembre.

Noche-Buena se llama la noche de ese dia; y bien hacemos en llamarle de ese modo, pues en ella nacimos todos á la vida de la Gracia y á la luz del Evangelio, quedando desde entonces roto y deshecho para siempre, por el influjo de aquel divino Infante, el imperio de Satanás sobre la tierra.

LOS TRES REYES MAGOS.

I.

Una hermosísima estrella
 En el espacio se vé,
 Que hacía las partes de Oriente
 Acaba de aparecer.
 De la noche entre las sombras
 Tres hombres la siguen, tres,
 En vigorosos camellos
 Montados, al parecer.

ESTRIBILLO.

*A donde vayan ellos
 Vayamos con los tres.*

II.

En luengas tierras vivian,
 Cada cual bajo un dosel,
 Y van en busca del Niño
 Que concluye de nacer.
 El vil Herodes les dijo,
 Con alevosa doblez:
 «A verle iré con vosotros,
 Si llegais á dar con él.»

ESTRIBILLO.

*Nosotros sí que iremos
 A verle con los tres.*

III.

En Belén, que está dormida,
 Ni una sola luz se vé;
 Muchas horas há que todos
 Se hubieron de recojer,
 Atravesar por sus calles
 Tres nobles Reyes se ven;
 Mas van siguiendo la estrella;
 Y no se pueden perder.

ESTRIBILLO.

*Ni nosotros tampoco
 Si vamos con los tres.*

IV.

De humilde establo ruinoso
 Se paran en el dintel,
 Y á recibirlos se avanza
 El venerable José.
 En el tristísimo albergue
 Penetran luego los tres,
 Y empiezan por sus mejillas
 Las lágrimas á correr.

ESTRIBILLO.

No lloren ellos sólo;
Lloremos con los tres.

V.

Lloran porque el rudo Norte
 Sopla aquella noche cruel,
 Y tiritando de frío
 Al recién nacido ven.
 No está, sin embargo, sólo,
 Que está su Madre con él,
 Calentándole en sus brazos
 Con el calor de su sér.

ESTRIBILLO.

Pena les dá del Niño.
¡Qué buenos son los tres!

VI.

Del hermosísimo Infante
 Besan los rosados piés,
 Y las Reales diademas
 Desciñense de la sien.
 Humildes luego le ofrecen
 Arrodillados los tres,
 Mirra, incienso y oro puro,
 Con piadosa esplendidez.

ESTRIBILLO.

*¡Benditos y alabados,
 Benditos sean los tres!*

VII.

Óyense en aquel momento
 Arpas y salterios cien,
 Y voces que al Dios alaban
 De Jacob y de Israel.
 A aquellas voces las tuyas
 los Reyes unen también,
 Y de sus lejanas tierras
 Toman la vuelta después.

ESTRIBILLO.

*En su camino largo
 Dios vaya con los tres.*

LA CRUZ DE JESUCRISTO

CANTO RELIGIOSO.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.*

I.

En el lecho de sus vicios
El mundo postrado está,
Corroído por la lepra
De su torpe iniquidad.

Pero tú, Cruz sacrosanta,
Sus llagas vas á tocar,
Y su salud él recobra,
Como otro nuevo Naaman.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.*

II.

De la culpa desastrosa
Por el áspero erial,
Extraviado y á ciegas
Caminando el hombre vá.

Más tú al encuentro le sales
En su carrera fatal,
Y él, al tropezar contigo,
Vuelve sus pasos atrás.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.*

III.

Las cadenas del esclavo
Tú las hiciste saltar;
Por tí el miserable siervo
Recobró su dignidad.

Entonces el débil pudo
 Sus ojos al Cielo alzar,
 Y entrever para sus sienas
 Una corona inmortal.

CORO.

Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.

IV.

A los mártires tú dabas
 Aquel tranquilo ademan,
 Que la vista del suplicio
 No pudo nunca turbár.

Y al consumirse sus cuerpos
 Dentro de hoguera voraz,
 En tí pensando, exhalaban
 Su último aliento vital.

CORO.

Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.

Esos tus brazos abiertos
 Bien claro diciendo están
 Que á todo el que á tí se abraza
 Tú le sabes abrazar.

Levantados noche y día
 De la tierra sobre el haz,
 Ni se cierran, ni se doblan,
 Ni se cansan de esperar.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
 Cruz sagrada, Cruz sin par,
 Donde Jesús con su sangre
 Redimió la humanidad.*

Venerada oh, Cruz Divina!
 En todo tiempo y lugar,
 Los Angeles y los hombres
 Alábente sin cesar.

Sirve á mi infancia de escudo
 Contra los tiros del mal,
 Y á tu venerable sombra
 Que se ampare déjala.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.*

VII.

*Al dormirme por la noche
En tí siempre he de pensar,
Y cuando al alba despierte
Yo te habré de saludar.*

*Yo mis humildes tareas
No principiaré jamás
Sin armarme de antemano
Con tu divina señal.*

—CORO.—

*Bendita mil veces seas,
Cruz sagrada, Cruz sin par,
Donde Jesús con su sangre
Redimió la humanidad.*

VIII.

*A los benéficos séres
Que el alimento me dán,
Y en la cuna me enseñaron
Tus auxilios á invocar,*

Protéjelos, Cruz sagrada,
 En salud y enfermedad,
 Y haz que cuenten largos días
 De dicha, salud y paz.

CORO.

*Bendita mil veces seas,
 Cruz sagrada, Cruz sin par,
 Donde Jesús con su sangre
 Redimió la humanidad.*

Yo te habré de salvar.

Yo mis humildes tareas

No principiare jamás

Sin auxilio de enseñanza

Con tu divina señal.

— — —

Bendita mil veces seas,

Cruz sagrada, Cruz sin par,

Donde Jesús con su sangre

Redimió la humanidad.

VIII

A los señores ángeles

Que el alimento me dan,

Y en la cuna me enseñaron

Tus auxilios á invocar.

EL PAÑUELO DE CUADROS VERDES

EL VETERANO JUAN SANCHEZ

Vivia éste en una ciudad de Extremadura con su mujer Bárbara: no tenían uno y otro más bienes de fortuna ni más rentas que las cortas utilidades del trabajo. Él araba y cavaba la tierra, como los demás hombres de su clase, por cuenta de un amo, que le pagaba su jornal; y ella lavaba ropa ajena, llevaba agua y asistía á algunas familias de la población. En los ratos que la era posible hacia media de encargo, y por la noche repasaba su ropa y la de Juan, luego que éste se acostaba para descansar en paz y en gracia de Dios de las fatigas del día.

El oficio de los braceros en el campo, tiene, como vulgarmente se dice, muchas quiebras: una estacion

que se mete en agua, una época de sequía grande, algunas temporadas en que las tierras no dan nada que hacer, y otros mil motivos que todos conocemos, hacen que el trabajador se encuentre cara á cara con apuros y necesidades, de difícil remedio para el pobre.

A Juan, igualmente que á otros trabajadores de su oficio, le llegó una época de estas; y una noche, sentados Bárbara y él al amor de la lumbre, ya muy cerca de acostarse, hablaban de este modo:

Decía Bárbara:

—Mira, Juan: creo que va á cumplirse un año desde el día en que llegó á nuestro poder la cajita que ahí dentro tenemos; he pensado en ella algunas veces, por no decirte muchas, deseosa de saber lo que contiene, sin que jamás te haya dicho nada: nuestros apuros, según ves, crecen y se aumentan cada día: más de tres semanas hace que no sale un jornal, y más de cuatro que nadie te llama para nada. Pues bien, te quiero decir lo que he pensado. Yo me he dicho para mis adentros: esa cajita se encuentra ahí sin que de ella hagamos uso, ni la persona que nos la envió, ni nosotros tampoco: luego no sirve para maldita la cosa: pero no debe ser así; para eso no se manda á nadie un cofrecito y se le dice que la tenga: debe por lo tanto haber dentro de él alguna cosa que nos convenga y nos ayude á salir de nues-

ta situación apurada. ¿No piensas tú lo mismo, mi querido Juan?

—Sí pienso lo mismo, contestó Juan; pero ya que tanto tiempo hemos luchado contras nuestras penurias y escaseces, sin poner la mano en ese cofrecito, luchemos un día más y respetemos su secreto: tengamos un poco más de calma y, cuando se haya cumplido un año desde el día en que nos hicimos cargo de la caja, la abriremos.

—Pero ese año, mi querido Juan, se cumplió ayer, me parece, replicó Bárbara.

—No por cierto, dijo el trabajador. Cuando se cumple es esta noche.

En aquel momento llamaron á la puerta de la calle; era la hora muy tardía, y los relojes todos de la poblacion habian dado las once.

Juan tomó una luz, y salió á ver quién llamaba á tales horas.

—¿Quién va allá? dijo.

—Gente amiga, le contestaron.

Abrió la puerta Juan y dos hombres penetraron en la casa; uno de ellos vestido con esmero y lujo; el otro no con tanto; desde luego podia juzgarse á simple vista que eran amo y criado.

Como la noche estaba fria y el aire se entraba en el portal, amenazando apagar la luz, Juan cerró la puerta, diciendo á los desconocidos que pasaran más

adentro: es bueno advertir que la humilde vivienda del trabajador, no tenia otros departamentos que el zaguan, un chiribitil que hacia las veces de cocina y un cuartito inmediato, en el cual dormia aquel honrado y virtuoso matrimonio.

Momentos despues y sentados todos cuatro, á saber, Bárbara, Juan y los dos desconocidos, dijo uno de estos:

—Somos unos comerciantes establecidos en Valladolid, y vamos al presente para Andalucía, á donde asuntos importantes nos llaman con urgencia: pero antes de continuar nuestro viaje hemos venido á ver á V. por encargo de un amigo suyo, el cual tiene á usted en mucha estima.

—Y ¿quién es ese amigo que de mí se acuerda? preguntó Juan sencillamente.

—Lo sabrá V. antes de mucho: pero como nos hemos de marchar mañana, acaso muy temprano, agradeceríamos á V. nos entregase cierta cajita que tiene en su poder, para abrirla aquí mismo antes de irnos.

—Efectivamente, dijo Juan; conservo esa caja que ustedes dicen, y voy por ella en el instante.

Juan se levantó y fué por la cajita misteriosa, volviendo dentro de unos momentos con ella en la mano.

El desconocido cogió y sacó de sus bolsillos una llavecita, diciendo al mismo tiempo:

—Veo con sentimiento, amigo Juan, que no conoces con quién en este instante hablas: es verdad que desde aquel día se han pasado muchos años: yo era entónces muy pobre y tú tambien lo eras: era el mes de Julio de 1812; en aquel mes se libró una gran batalla que tú debes recordar: aquel día hiciste tú á un hombre, que le necesitaba, un gran favor: el mayor de todos los favorès; iba á perder su vida, y tú Juan, lo impediste, acudiendo á salvarle lleno de conmiseracion y de piedad. Muchos años se han pasado desde entónces; por eso no te acuerdas de cosa alguna. Aquel hombre era yo.

Pero Juan, á pesar de tantas indagaciones y señales no comprendió nada de lo que el forastero le decia, limitándose á contestar únicamente.

—Si lo que V. me está diciéndo sucedió en el mes de Julio de 1812, un día en que asistí como soldado á una gran batalla, sólo diré á V, que fué la batalla de los Arapiles. No recuerdo más ni ménos.

—Pues te haré que todo lo recuerdes, exclamó el desconocido abriendo la misteriosa cajita.

En ella habia una carta y otro objeto, cuidadosamente envuelto en un papel.

La carta decia así:

«Mi querido Juan; acabo de saber hace dos dias que eres vivo: te escribo á punto de embarcarme para América. Poseo una fortuna inmensa: no tengo hijos

á quien dejársela si muero antes de mi vuelta á España. Si tal llega á suceder, tengo tomadas las medidas necesarias para que seas tú mi heredero.

Tuyo,

Antonio Carrer.»

Dada lectura de esta carta, el desconocido desenvolvió el otro objeto que en la caja había. Era un gran pañuelo de seda estampado á grandes cuadros verdes.

El honrado trabajador comprendiólo entonces todo. Aquel pañuelo le había llevado él, dentro de su mochila de soldado, durante la campaña que á principios de este siglo sostuvieron españoles y franceses, hasta el día en que tuvo lugar la batalla de Arapiles, á dos leguas de Salamanca, en tierra de Castilla.

En este combate, uno de los más reñidos y sangrientos que se libraron en el trascurso de aquella grande guerra, Juan luchó como un valiente, ganó una cruz honrosa, y fué ascendido á sargento sobre el campo. Finalizada la batalla, él y varios camaradas se encontraron un soldado francés que tenia en el cuello una grande herida. El infeliz se desangraba por instantes y las sombras de la muerte se cernian espesas sobre él. Juan, al ver aquella gran desgracia, dijo á sus compañeros que siguieran adelante, y acercándose al desventurado, vió que estaba vivo aún:

entonces, no teniendo otra cosa que un pañuelo y una camisa en la mochila, hizo pedazos la camisa y del pañuelo hizo una venda; luego, ciñendo y aplicando ambas cosas á la herida de aquel infortunado, ya próximo á su fin, cargóle sobre sus espaldas como pudo; y cual si fuera un hijo suyo, llevándole á donde los hospitales de sangre se encontraban instalados. Dejóle allí en manos de los médicos, y hechas todas estas cosas, Juan, despues de aquella buena accion, no volvió á pensar en nada, llegando á olvidarse de todo con el tiempo.

Pero el soldado francés no se olvidó; tuvo la suerte de curarse, y una vez la guerra concluida, no quiso volver á su país, quedándose en España, donde, merced á su actividad é inteligencia, logró, despues de algunos años, verse en posesion de una inmensa fortuna.

Esta misma fortuna es la que vino, en la noche de nuestra narracion, á poner al servicio del honrado Juan, cuyo estado, segun acabamos de ver, era en extremo humilde y pobre: y tanto éralo así, que aquella noche, antes de presentarse los dos desconocidos, habian cenado sin pan él y su mujer, por no tener con qué comprarlo.

No hay para qué decir el júbilo con que se abrazaban uno y otro, dirigiéndose las frases más elocuentes de reconocimiento y amistad.

Pero el francés necesitaba de Juan algo todavía para su satisfacción. Juan era muy pobre y su amigo era muy rico; Juan no quería nada y su amigo se lo ofrecía todo; Juan se empeñaba en vivir como hasta entonces, labrando los campos, y su amigo procuraba disuadirle de semejante empeño con mil razones y discursos, consiguiendo finalmente su objeto.

El pañuelo memorable fué partido en dos mitades, quedándose con una cada cual; y Juan, andando el tiempo, ayudado y protegido por el rico comerciante, se consagró al comercio y la industria en su ciudad, adquiriendo una posición desahogadísima y un inmenso crédito.

Véase, pues, cómo las buenas acciones encuentran muchas veces recompensa y premio en este mundo; verdad es que no sucede siempre así; pero esto no debe detenernos en nuestra carrera de esta vida, la cual terminará sin tropiezo ni desgracia el hombre honrado y bueno: esto es, el hombre que como Juan haga á sus semejantes todo el bien posible, sólo por amor á Dios y á ellos, sin preguntarles si son amigos ó enemigos.

A MARÍA, MADRE DEL AMOR HERMOSO.

OFRENDA DE FLORES.

CORO.

*Madre del Amor Hermoso,
Madre del Divino Amor,
Enredado en esas flores
Dejamos el corazon.*

ESTROFA PRIMERA.

De la Virgen volemós,
Volemós al altar,
Sencillas oraciones
Y flores á llevar.

Estas con sus perfumes
El templo llenarán,
Y el eco de las otras
Al Cielo subirá.

CORO.

*Madre del Amor Hermoso,
Madre del Divino Amor,
Enredado en esas flores
Dejamos el corazon.*

II.

Llegó el alegre Mayo,
 Pasó el hermoso Abril,
 Y ornóse el campo todo
 Con bellas flores mil.

La Virgen con sus ojos
 Las hizo sonreír;
 Traigámoslas por tanto,
 Traigámoslas aquí.

coro.

*Madre del Amor Hermoso,
 Madre del Divino Amor,
 Enredado en esas flores
 Dejamos el corazón.*

III.

La Santa Virgen quiere
 Que adornen su mansion
 Las rosas de los llanos,
 Los lirios del peñon.

Con planta presurosa
 Vamos sin dilacion
 Por rosas y por lirios;
 La Virgen lo mandó.

CORO

*Madre del Amor Hermoso,
Madre del Divino Amor,
Enredado en esas flores
Dejamos el corazón.*

IV.

Las blancas azucenas
En el vergel están;
Los olorosos nardos
Nadie por ellos vá.
Vayamos, pues, por ellos,
Volvamos sin tardar,
Y la Divina Virgen
Nos lo agradecerá.

*Madre del Amor Hermoso,
Madre del Divino Amor:
Enredado en esas flores
Dejamos el corazón.*

V.

Ella de nuestras almas
Los pensamientos vé,
Y ella continuamente
Vela por nuestro bien.

Pongamos, pues, en ella
 Nuestro cariño y fé,
 Y reverente culto
 Vengámosla á ofrecer.

CORO.

*Madre del Amor Hermoso,
 Madre del Divino Amor,
 Enredado en esas flores
 Dejamos el corazon.*

VI.

Mas antes de partirnos
 Del templo, su mansion,
 Digámosla de hinojos
 Con cariñosa voz:

«Dános, Virgen piadosa,
 Dános tu bendicion;
 Tus niños te lo ruegan.
 Adios, Virgen, adios.»

CORO.

*Madre del Amor Hermoso,
 Madre del Divino Amor,
 Enredado en esas flores
 Dejamos tú corazon.*

FIN.

Este libro se halla en venta en casa de D. Juan
de los Rios, calle del Sol, 23, frente a
la iglesia de San Juan, las principales librerías,
y en todas las librerías de provincias de
España, al precio de 10 reales, y en las
de Ultramar de 12.

Esta obrita se halla de venta en casa de D. Ignacio Romero Romo, calle del Lobo, 23, tercero izquierda, Madrid, en todas las principales librerías, y dirigiéndose al autor en Extremadura, provincia de Cáceres, calle del Rey, número 6, Plasencia.